

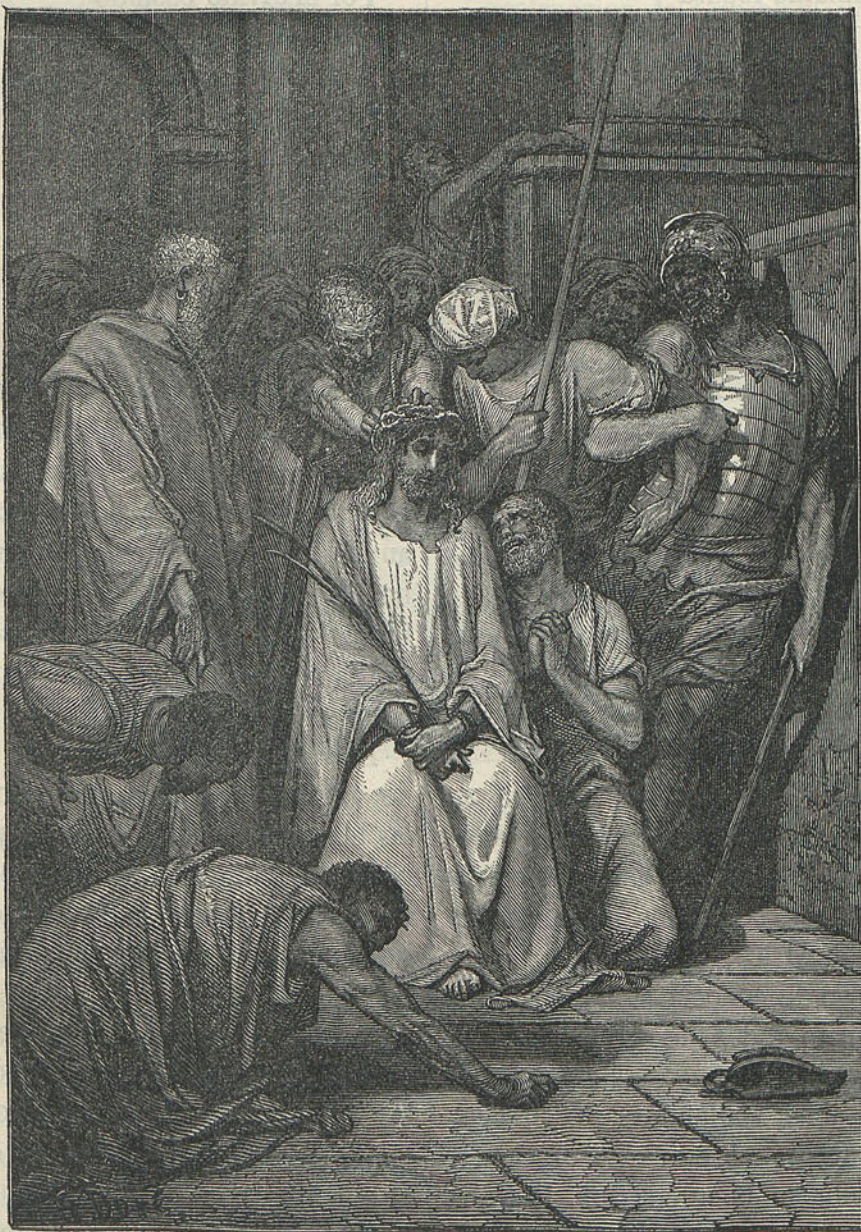
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO VII.

MADRID 1.º DE MARZO DE 1880.

NUM. 72.



LA PASION DE JESUS.

Al rostro le escupieron;
 La divina hermosura
 Que los cielos alaban
 Asquerosas salivas afeaban;
 Con infame locura
 Las mejillas sagradas
 Le rompen á puñadas.
 Los ojos que la luz del sol vencian
 En un lienzo eclipsados;
 El que le daba el golpe repetia
 Que les profetizase quién le heria.

Culpas ajenas pagaba
 Aquel cordero inocente
 Que fue, por salvar al hombre,
 Hasta morir obediente.
 Por el divino costado
 Tiene el corazon patente;
 Y de allí sangre divina
 Con soberana corriente
 Sale lavando la culpa
 De su siervo inobediente.

GLORIAS DE ESPAÑA.

ADRIANO.



Emp^{erador} Adriano, pariente de Trajano, y como él oriundo de Itálica, sucedióle en el trono imperial. Era Adriano generoso, amigo de la justicia y protector del mérito, aunque inconstante y caprichoso.

Cuéntase que cuando iba con su ejército marchaba á pié y con la cabeza descubierta, así por entre las nieves de los Alpes, como por las ardientes arenas del Africa.

Deseoso de conocer su inmenso imperio, visitó todas las provincias que lo componian, en cuya escursión invirtió once años. Hallándose en Tarragona le sucedió el percance siguiente, que prueba su buen corazon. Paseaba un dia solo por el jardin de su casa;

súbitamente aparece con una espada en la mano un hombre que le acomete con furia: el emperador por medio de diestros movimientos pudo burlar sus ataques, hasta que acudió gente en su auxilio. Informado luego de que aquel hombre estaba loco, se opuso á que fuera castigado; y mandó que se lo entregasen á los médicos para que atendieran á su curacion.

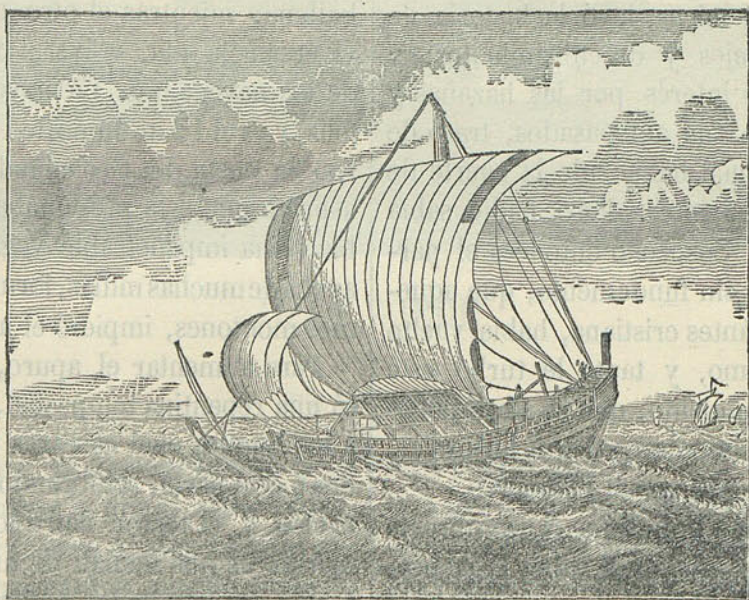
Entre los beneficios que al reinado de Adriano se deben, merecen citarse las leyes contra la corrupcion y la barbarie del comercio de esclavos; y sobre todo, la supresion de los sacrificios humanos que existian aun en várias partes.

Durante el reinado de este emperador se consumó la ruina nacional de los judíos. Habiendo reedificado Adriano á Jerusalem, prohibió la entrada en ella á los hijos de Abraham, que solo á precio de oro podian comprar el

consuelo de llorar sobre las ruinas de su patria. Irritados por esta orden, se insurreccionaron bajo la direccion de un tal Barcochebas, cuyo nombre significa: «Estrella de Jacob,» que pretendia ser el Mesías, é hicieron una sangrienta guerra á los romanos.

Pero estos no tardaron en tomar un terrible desquite. Sobre seiscientos mil

israelitas recibieron la muerte; de los que quedaron vivos, unos fueron vendidos como esclavos, otros pudieron huir, y algunos se refugiaron en España, aumentando el número de los que á ella acudieron despues de la destruccion de Jerusalem por Tito, el año setenta y dos de nuestra era.



JUAN ÉGEDE,

EL APÓSTOL DE GROENLANDIA.

Los habitantes de Noruega son en su mayor parte pescadores atrevidos, y muy aficionados á su oficio; desafiando valerosamente en sus frágiles lanchas las olas y tempestades del mar. Muchos años ántes de Cristóbal Colon, descubrieron la costa de América del Norte. En el año 800 poblaron la

Islandia, isla situada á mitad de camino entre Europa y América, y de allí se fueron más lejos descubriendo y poblando la Groenlandia y otros países de esta costa, donde por espacio de algunos siglos existieron florecientes iglesias cristianas.

Pero desde el siglo XIV decayeron

estas colonias visiblemente, debido ante todo á que el clima se volviera más frio é inhospitalario. Muchos colonos regresaron á su país, otros murieron en Groenlandia, y poco á poco cesó toda comunicacion entre aquellas lejanas costas y la Noruega.

Varios siglos habian trascurrido cuando el piadoso párroco de una aldea de Noruega, hojeando antiguos protocolos y crónicas, leyó la historia de aquellos viajes y descubrimientos; y escitado su interés por las hazañas y proezas de sus antepasados, trató de averiguar cuál habia sido la suerte de sus descendientes. Pero nadie sabia dar razon. Sospechó entónces el párroco, y no sin fundamento, que aquella gente, ántes cristiana, habia vuelto al paganismo, y tanto le turbó este triste pensamiento, que se sintió poderosamente impulsado á ir á buscarles, y elevarles otra vez al Evangelio.

¡Pero cuán grande fue el asombro de su esposa y amigos al saber estos propósitos! ¡Emplearon llantos y súplicas para detenerle! Juan Égede, pues este era el nombre de aquel párroco, cedió á la verdad á sus ruegos, pero su mente quedó turbada é inquieta por espacio de algunos años. Casi habia depuesto su designio, cuando Dios mudó repentinamente el parecer de su esposa. La que ántes se habia opuesto, ahora le estimulaba y fortalecia en su intento; en adelante fué para él como un ángel tutelar, ayudándole á vencer las dificultades, y consolándole en las mise-

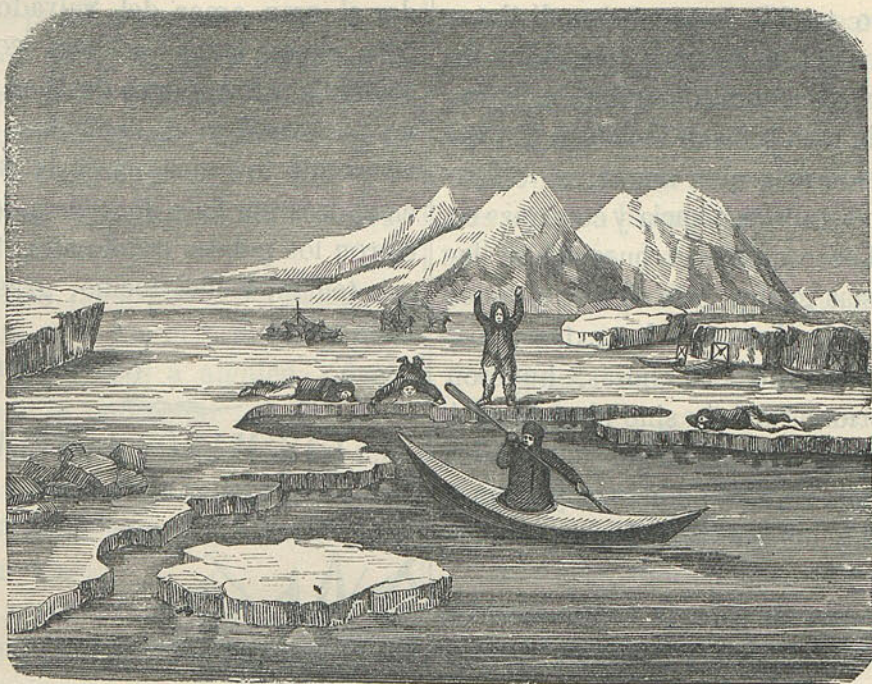
rias y pruebas que le sobrevinieron.

Logró Égede inspirar interés por este su plan al piadoso rey del país, el cual le regaló una nave que pudiese conducirle á su destino.

Lleno de alegría, le puso el nombre de «Esperanza,» y no tardó en emprender su peligroso viaje. Otros dos buques acompañaron á la «Esperanza,» destinado el uno á la pesca de la ballena, mientras el otro cargado de víveres á la ida, volveria con noticias de los navegantes. La navegacion fue feliz, y ya el 12 de Junio de 1721 divisaron la costa de Groenlandia. Pero el aspecto que esta presentaba era horrible. Una impenetrable vega de hielo, ancha de muchas millas, formando enormes montones, impidió el arribo.

Para aumentar el apuro, se levantó una repentina tempestad, arrojando á los buques cual cáscaras de nuez de una á otra parte, sembrando la consternacion y el terror entre los valientes marineros que temian de un momento á otro ser estrellados contra las montañas de hielo. Efectivamente, uno de los buques, arrastrado contra esta faja amontonada, fue destrozado completamente y por momentos se iba á pique. En el intermedio los navegantes elevaban al cielo fervientes votos, pidiendo con lágrimas á Dios les librara de tamaño apuro. Su plegaria fué oida, la tempestad cesó, y permitió á la tripulacion salvarse en los botes.

(Se continuará.)



JUAN ÉGEDE.

(CONTINUACION.)

Por último, se descubrió en el hielo una entrada por la que se esperaba alcanzar tierra; pero apenas habían navegado algunas horas, cuando conocieron que el camino se estrechaba poco á poco, al par que las montañas de hielo á derecha é izquierda se movían y se acercaban más y más.

Volver era imposible; á cada momento esperaban ser oprimidos y triturados por las movedizas masas. Un día y una noche duró la angustia. Mas también esta vez les salvó Dios. A la mañana siguiente se presentó ante su vista, como por milagro, un hueco ancho y largo, por el cual llegaron por

fin á puerto seguro.

Aquí podeis ver dibujada una parte de aquella costa circunvalada por montes y llanuras de hielo, donde los indígenas están precisamente ocupados en la pesca de las focas y leones marinos, acechando el momento en que aparezcan para matarlos. Curiosísimas son las lanchas que usan, fabricadas de pieles; tan pequeñas, que solo dan cabida á un tripulante; y tan ligeras, que se llevan á cuestras sin dificultad.

Grandes fueron la sorpresa y desengaño de Egede al ver y conocer á estos indígenas. Estos no eran los descendientes de los antiguos noruegos, si-

no otro pueblo enteramente distinto.

Eran indios salvajes, pequeños de estatura, de idioma desconocido, y dados á la más grosera idolatría. En esta ocasion más que nunca, el celoso pastor necesitó paciencia y confianza en Dios. Los esquimales, pues así se llaman estas gentes, se retiraron tímidos al ver desembarcar á los extranjerios; y abandonando sus chozas, huyeron al interior. No fué, sino muy poco á poco como Egede logró inspirarles confianza, tratando con la mayor amabilidad á los que casualmente encontraba.

Aun más cuidado le inspiraron sus compatriotas, los tripulantes de los dos buques. El crudo invierno, durante el cual apenas vieron el sol, les pareció insoportable; y la pesca de ballena no era abundante. Cuando en el verano vieron que las provisiones se acababan y no habia medio de procurarse otras, intentaron volver á su pais abandonando al piadoso pastor. Se disponian ya á levar anclas, cuando repentinamente se presentó en el horizonte una nave enviada por el piadoso rey de Noruega y cargada de víveres.

Egede se aplicaba asiduamente á aprender el idioma de los esquimales, y su hijo Pablo le ayudaba mucho en su mision.

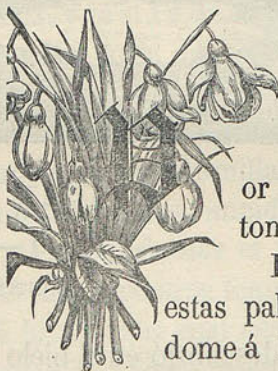
Este, sabiendo pintar bastante bien, dibujó las principales historias de la Biblia, y las iba explicando con algunas palabras sueltas á los sorprendidos esquimales, dándoles á compren-

der el gran amor del Salvador para con ellos. Estos infelices cobraron grande afecto al siervo de Dios á quien no se cansaban de escuchar. Varias veces que los misioneros se hallaban en apuros por falta de víveres, les ofrecieron los pobres esquimales todo lo que tenian, leche, tocino, grasa, pescado, etc.

(Se concluirá.)

LAS MANOS LIMPIAS

Y LOS LABIOS PUROS.



or qué no le pegas, tonta?»

Dejé mi labor al oír estas palabras, y asomándome á la ventana, ví un grupo de niñas pequeñas que estaban jugando en la calle.

Una niña escapaba muy de prisa: las otras quedaron al lado de la pequeña Anita, que á duras penas podia contener las lágrimas.

Anita era una niña muy pequeña, é hija única de una jóven viuda que acababa de llegar á nuestro pueblo.

Aun no habia tenido yo el placer de conocer á mi nueva vecina; mas la niña habia hecho amistad con las otras niñas de la vecindad, y aquella forasterita de cinco años escasos llegó pronto á ser la favorita de sus compañeras.

«¿Qué puede ser esto?», me pregunté con asombro viendo el rubor en la cara de Anita, y el ceño en la frente de la otra que había exclamado: «¡Por qué no le pegas tú?»

Esperé la respuesta de Anita con sumo interés.

«Porque.... porque.... mi mamá.... mi mamá.... no me besaría las manos si yo diese golpes á alguien», decia sollozando la pobrecita.

«¡Tu madre no te besaría las manos!» exclamaron sus amigas con asombro. «¿Qué quieres decir Anita? ¿Qué cosa tan rara!»

Sentí tanta curiosidad como las niñas, y avanzando la cabeza todo cuanto me fué posible por entre el emparrado que rodeaba mi ventana, esperé la respuesta de la niña.

«Mi mamá siempre me besa las manos por la noche cuando no han hecho mal durante el día; pero es muy malo pegar. A aquella niñita no la besará su mamá las manos esta noche, ¿no es verdad?» preguntó Anita mirando con sus hermosos ojos azules á todas sus compañeras. Llenas estas de asombro al oír sus palabras, besaron á Anita y la compadecieron tanto como podía desear.

Salí entonces, y besando la triste carita de la pequeña niña, la dije: «¿quieres llevarme á tu casa, querida mía?»

«¡Oh, señora!» contestaron entonces las otras á la par; «¿qué le parece á V. aquella niña? Se llama María Alvarez, y ha pegado á Anita muy fuerte-

mente en el brazo y en la mano, tan solo porque Anita no quiso irse con ella. ¿Qué niña tan mala! ¿Verdad, Señora?»

Convine en que no era buena, y fuimos juntos á la casa donde vivía la mamá de Anita. Las niñas quedaron jugando en el jardín, mientras yo hice mi visita.

Después de cambiado el natural saludo, referí lo que Anita había dicho; y pidiendo perdón por mi curiosidad, rogué á la mamá de la niña me explicase lo que significaba esto.

La señora, sonriéndose, al par que asomaban á sus ojos las lágrimas, contestó: «Puede ser que esto sea una tontería, pero desde que Dios me dió mi hijita, me gusta besarla las manitas tanto como los risueños labios. Seguí la misma costumbre segun iba creciendo; y cada vez que al desnudarse no la besaba sus manecitas, Anita sabía muy bien la razón.

»Si las había levantado con ira durante el día, ó pegado á su niñera, ó á una de sus pequeñas compañeras, rehúia el besárselas porque no estaban limpias; y le aseguro á V. que mi niña echaba muy de ménos mis besos, y le parecía el más duro castigo el privarla de ellos.

»Lo mismo hacía con los labios, y cuando de ellos había salido una palabra fea, ó cuando Anita no había hablado la verdad en todo, durante el día, no se los besaba.

»Mi amante y cariñosa hija aprecia-

ba los besos de su madre más que ninguna otra cosa del mundo, y poco á poco fué venciendo los malos instintos. Así es que cada noche me decia Anita: «¡Manitas limpias, mamá; manitas limpias! ¡y labios tambien limpios! Besa, mamá, manitas y labios!»

«Todavía ahora, aun cuando ya tiene cinco años, guardo esta costumbre que con ella he observado desde su nacimiento, porque creo que la ayuda á ser buena.

«Es posible, señora, que se ria V. de mí, pero no deseo otra cosa sino que mi hijita crezca pura é inocente; y si la afición á los besos de su mamá pueden ayudarla á mantener limpias las manos, así como los labios, creo que continuaré la costumbre hasta que Anita tenga la edad suficiente para comprender bien cosas que por ahora son aun para ella algo difíciles.»

Las lágrimas asómáron á mis ojos cuando la señora concluyó de hablar; me parecia una de las cosas más placenteras y delicadas el que la niña guardase las manos limpias para los besos de su madre.

Ahora comprendí la causa de que Anita no devolviese los golpes á la otra niña, María Alvarez, cuando esta le pegó en la mano y en el brazo; y que tampoco saliese de sus labios ninguna palabra que revelase enojo ó cólera. El beso de su mamá la era demasiado precioso para sacrificarlo por tan poca cosa.

¡Quiera Dios que, cuando seas ma-

yor, guardes por amor á El limpio tu corazon, tanto como guardaste las manos para los besos de tu madre!

Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

UN VERDADERO HÉROE.

Bañándose un día un niño de unos nueve años de edad, se metió sin saberlo en un sitio demasiado profundo. Un hermano mayor le vió que se ahogaba, y se lanzó al agua para salvarle; pero sea que le faltaran las fuerzas ó la destreza, tambien se hundia.

Al salir á la superficie del agua por la tercera vez, en medio de sus convulsiones, vieron á un hermano menor que ellos, que corria con intencion de lanzarse al agua, para tratar de salvarles.

Entónces el niño de nueve años, hizo el papel de un héroe. Luchando con la muerte, concentró en sí todas sus fuerzas y gritó á su hermanito próximo á lanzarse al agua: «No te arrojes, ó padre perderá todos sus hijos á un tiempo;» y dicho esto desapareció de la superficie.

¡Qué noble conducta! en el momento de morir se olvidó de sí mismo para pensar en su padre, y querer disminuir su dolor.

El menor obedeció el mandato del hermano mayor, y así pudo escapar de una muerte segura, y servir de consuelo á sus padres.



LAS TRES CRUCES.

En un collado cercano á Jerusalem, sufren la última pena tres desgraciados sentenciados á muerte, clavados en la cruz, atormentados por terribles dolores, próximos á exhalar el último suspiro: la suerte de los tres parece igual, idéntica, desgraciada en extremo. Pero uno de ellos muere desesperado, maldiciendo de Dios y de los hombres; otro, arrepentido de su vida criminal, pide perdón; y recibida la promesa divina, de estar pronto en la eterna bienaventuranza, muere feliz y dichoso. El tercero perdona á sus enemigos, consuela á su afligida madre, y consumada la obra de eterna salvación, entrega el espíritu en manos de su padre celestial para resucitar al tercer día, subir al cielo, vivir y reinar eternamente en la gloria.

Parece imposible que tan diferentes destinos quepan en tan estrecho círculo, y bajo condiciones iguales al parecer. Sin embargo, otro tanto se repite

con frecuencia en nuestra vida. Dos niños van al mismo colegio, reciben igual educación, disfrutan los mismos placeres y lloran las mismas penas; el uno llega á ser un hombre de bien, la dicha de sus padres, el amor de sus compañeros: vive feliz y dichoso. El otro anda por malos caminos, causa aflicción á cuantos le tratan, y sufre en su interior la pena más aguda, los remordimientos de la conciencia. ¿Cómo explicarse tan extraña diferencia?

Porque al lado de los dos hay otra persona acompañándoles á todas horas, tomando parte en sus estudios y diversiones: no la ven los ojos, pero su cariñosa voz resuena en el corazón; uno de los niños la escucha atentamente, obedece sus avisos, recibe su perdón y se siente dichoso con su amistad; el otro se resiste, vuelve las espaldas á su buen Salvador y siguiendo sus propias inclinaciones, va de mal en peor, concluyendo de una manera lastimosa.

¿Cuál de los dos destinos ambicionais, amigos míos? ¿Podeis aun dudar y vacilar? ¡Oh! abrazad á vuestro Salvador, os lo ruego, hacedle vuestro inseparable compañero, implorad su perdón, seguid sus consejos, fíaos en su ayuda. Para eso se halla clavado en la cruz y sufriendo terribles dolores; para compraros el perdón divino y lavar vuestras culpas con su sangre; y sus brazos están abiertos para recibir y estrechar á cuantos á él acuden.



A SU LADO.

HISTORIA DEL BUEN ABUELO.

«¡Abuelo! ¡abuelito! cuéntanos una historia.»

«¡Una historia! ¿de qué? mis queridos nietos.»

«De Navidad; una historia de cuando eras jóven. ¡Nos gustan tanto, abuelito!»

«Pues bien, os contaré la historia de un muchacho á quien encontré la víspera de una Navidad. Era yo entónces mozo, é iba á pasar algunos dias de mis vacaciones en casa de los padres de una jóven muy amable y á quien yo queria mucho.»

«¿Quién era, abuelo?»

«Vedla ahí sentada á vuestro lado,» contestó sonriéndose.

«Comprendemos, comprendemos, era nuestra querida abuela.»

«Como en aquel tiempo no habia aún ferro-carriles, tomé la diligencia que se detenía á algunas leguas de la casa; pero yo sabia que enviarían un coche para cuando llegase. Un viento helado soplabá con violencia, y la nieve caía en espesos copos. Cuando hubo llegado la diligencia al fin de su jornada, era ya cerrada la noche, y el vehículo que debía llevarme no habia llegado aún. Dirigíme al meson para tomar algo ántes de continuar mi camino á pié, y en la puerta distinguí un muchacho de corta edad que tiritaba de frio, y decia al mesonero: ¿Podría Vd. hospedarme por esta noche?»

«En manera alguna,» respondió aquel con rudeza.

«Le podría dar á Vd. dos reales por una noche,» observó tímidamente el niño.

«Aquí no hay sitio para tí,»—le replicó el mesonero volviéndole las espaldas.

Me pareció que el pobre niño decia á media voz: «¡Tampoco hubo sitio para Él!»

«¿Para quién no hubo sitio?»—le pregunté.

«Para mi Señor y Amo.»

«¿Y dónde está tu Amo?»

«Se fué;» dijo con una suave sonrisa que iluminó su pálida carita, «y me parece que pronto estaré yo á su lado.»

«Pero dime, ¿no tienes ningun amigo que se interese por tí?»

«Si señor, Él es mi amigo,» dijo con alegría.»

«Y tu padre y tu madre, ¿por qué te han dejado?»

«Mi padre y mi madre están ya á su lado. Aquí tenían tan frecuentemente hambre y frio, que Él los ha llevado. En su casa hay sitio para todos.»

Y diciendo esto, el pobrecito tosía tan fuertemente, que parecia se le iba á rasgar el pecho.

«¿Y qué haces en este pueblo?» le dije viendo que estaba gravemente enfermo.

«Busco trabajo, pues me han dicho que aquí lo podría hallar.»

«Ven conmigo y tomarás café. No tengas miedo, no te harán nada.»

Cuando hubo comido bien, el pobre chico me preguntó:

«Dígame Vd. caballero. ¿Tiene El también para Vd. un lugar en su casa?»

«Esa es mi firme convicción, gracias á Dios,» le contesté.

«¡Qué alegría! exclamó, cuánto me alegro!»

En aquel instante, el amo del meson me anunció que el coche me esperaba. Levantéme para irme. Pero, ¿y el pobrecito enfermo?... no era posible dejarlo abandonado... Conociendo el buen corazón y caridad de las personas que iba á ver, decidíme á llevarmele.

Nunca olvidaré el agradecimiento que brilló en su mirada, cuando me dijo: «¡El le dará á Vd. su recompensa!» Y el abuelo se detuvo en su narración para enjugar una lágrima.

«¿Y qué le pasó despues, abuelo?» preguntaron en coro los niños.

«Fué muy bien recibido en casa de mi novia; pero no pudo gozar largo tiempo de los cuidados y del cariño que le prodigaban... Nos habia dicho que no tardaría mucho en irse con su Amigo, y así fué en efecto. Quince dias despues, me dijo: «Adios, caballero, me voy á su lado. Vd. ha sido muy bueno conmigo. Se lo diré. ¡Cuánto nos alegreremos cuando usted venga también!»

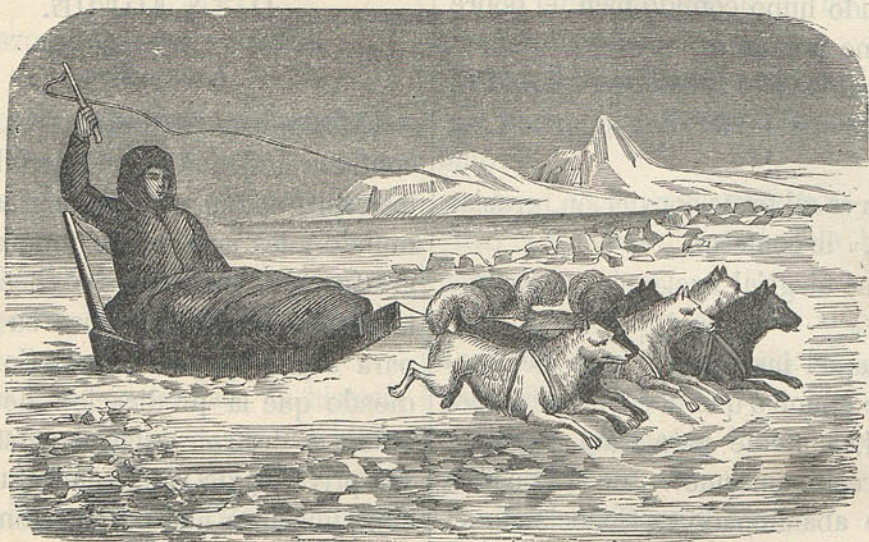
JUAN ÉGEDE.

(CONCLUSION.)

Estos pobres paganos vivian en una continua ansiedad por temor á los malos espíritus que creían gobernaban el mundo y les acarreaban muchas desgracias. Sus sacerdotes ó hechiceros trataban de aumentar mas su temor, para sujetarlos así mejor. Comprendiendo que la predicación de Egede tendia á destruir estas supersticiones y á privarles de la influencia que ejercian, iniciaron una persecución contra el misionero. Pero éste, sin turbarse por las amenazas, siguió tranquilamente en su ministerio cuidando á los pobres isleños como un padre, hasta que los sacerdotes vencidos por tanto valor y constancia y teniéndolo por hechicero más poderoso que ellos, acudieron también á oírle y más tarde se dejaron bautizar.

No dificultaron ménos su obra las costumbres nómadas de los esquimales. Como viven exclusivamente de la pesca, se ven obligados á abandonar sus antiguas viviendas, tan pronto como el mar se congela en los alrededores, para trasladarse á otros lugares donde aun hay agua corriente. Así al pastor no quedaba más remedio que ponerse en camino también, no en ferrocarril ni en coches, porque no los hay ni servirían, sino en ligeros trineos arrastrados sobre la blanca nieve por un tropel de perros. ¿Os gustaria, en verdad, hacer un viaje tan curioso?





Pero no os gustaria mucho abandonar vuestros hogares por tres ó seis meses para vivir en miserables chozas y sufriendo crueles frios y hambres.

Egede, sobrellevaba con gran resignacion estas privaciones y trabajos, con tal de quedarse con sus esquimales y enseñarles el Evangelio. Dios coronó tanta abnegacion con ricas bendiciones. Muchos indígenas se volvieron cristianos, no de nombre, sino de veras.

Trascurridos trece años en constante trabajo, las viruelas invadieron el país, haciendo grandes estragos entre los indígenas. Sin temor ni cansancio cuidaban los misioneros á los enfermos, consolándoles con las palabras del Señor, y á muchos vieron morir firmes en su fé y confesando que el Evangelio es un medio poderoso contra el terror de la muerte.

Al año siguiente perdió Egede su

tierna y querida esposa; y agobiado con semejante pérdida, debilitado por los grandes trabajos anteriores, confió la mision á su hijo Pablo, volviendo él á su pátria para fundar allí un colegio destinado exclusivamente á educar profesores y predicadores para los esquimales. Allí durmió en el Señor, despues de una vida tan larga como activa.

CHARADA.

Usas en el carnaval
 Mi segunda y mi primera.
 Tercia y segunda cualquiera
 Halla en manzano ó peral.
 Y mi todo en el invierno
 Suele servirnos de abrigo;
 Y no mentiré si digo
 Que ántes la usó animal tierno.

El Se - ñor re - su - ci - to, Muer - te y se - pul - cro ven - ció; Con

su po - der y vir - tud Cau - ti - vó la es - cla - vi - tud. A - le - lu - ya.

2.

El que al polvo se humilló,
Triunfante se levantó;
Y hoy canta la cristiandad
Su gloriosa majestad.

Aleluya!

3.

El que abatido sufrió
Y en desamparo se vió,
Hoy en gloria celestial
Reina vivo é inmortal.

Aleluya!

4.

El que su vida entregó,
El que así nos redimió,
Es el Cordero Pascual

Que remedia nuestro mal.

Aleluya!

5.

Hoy está al lado de Dios,
Y allí escucha nuestra voz;
Por nosotros rogará,
Con su amor nos salvará.

Aleluya!

6.

Jesús, nuestro Salvador,
De la muerte triunfador,
Haznos en tí confiar;
Y cantemos sin cesar:

Aleluya!

ARREPENTIMIENTO TARDÍO.

Amiguito lector: si quieres oír una historia, sígueme á una ciudad de Cataluña, y entremos juntos en una sala iluminada por un quinqué que está sobre el velador. Varias personas de diferente edad están reunidas alrededor del fuego que llena la sala con sus dorados reflejos. Una señora cose cerca de la mesa, mientras Pablo y su hermana María se entretienen con un juego de dominó. No lejos de ellos el abuelo, sentado en su gran butaca, está medio dormido; el gato echado á sus piés hace oír un run-run de satisfacción, mientras el padre lee el periódico.

Pero la tranquilidad que reinaba en este dichoso recinto no duró mucho, pues los niños empezaron á disputar: «Eres un fullero,» decia la niña, y el hermano replicaba con calor. «Niños,» amonestó el padre, dejando su lectura, «si disputais, ireis en seguida á dormir.»

«Pero papá,» contestó María que era muy testaruda, «es verdad, Pablo hace siempre trampas.»

«Qué soplona,» replicó su hermano; «todas las chicas son vanidosas y habladoras...»

Más hubiera dicho si la voz cascada del abuelo no les hubiera interrumpido.

«Niños, niños, no os prepareis un arrepentimiento tardío.»

¡Arrepentimiento tardío! ¿qué quería decir el anciano? Los dos herma-

nos olvidaron muy pronto su disputa, y corriendo á él le preguntaron: «¿qué dices abuelito?»

Los miró atentamente, y acariciando sus negros cabellos, dijo entre sí: ¿Lo he de referir? ¿Quién sabe? Tal vez será bueno para ellos... «Pues bien,» continuó, levantando la voz, «sentáos y os contaré una historia.» «¡Una historia! qué alegría,» exclamó Pablo. «Niños, añadió el abuelo, si os refiero esta historia no es para divertirlos, pues no lo habeis merecido esta noche.» Bajaron ambos sus cabecitas, y el anciano prosiguió:

«Hace más de setenta años que mi padre y mi madre vivían en una casita rodeada por un jardín. Yo fui el primero de sus hijos; cuatro años después mi hermanito Ricardo vino al mundo. Cuando sucedió lo que os voy á contar, tendría él poco más de cuatro años, y yo ocho. Quería yo mucho á mi hermano, pero me pasaba, como le pasa á Pablo; me olvidaba á menudo, como lo vais á ver, de mis deberes de hermano mayor.

Una mañana, al volver del colegio, entré corriendo en la sala para ver mi canario, regalo de un primo mío.

Abrí la puerta y ví... acertad lo que ví,—mi hermano Ricardo encima de una silla para llegar hasta la jaula, colgada en la ventana. De un salto me puse á su lado, pero ya era tarde; Ricardo habia abierto la portezuela de la jaula, y mi pajarito tomó un vuelo alegre para posarse en la copa de un ár-

bol desde donde nos envió un canto que parecia decir: «Me verás, pero no me cogerás.»

Yo estaba furioso; mi hermanito saltaba de alegría, exclamando: «Bien bien, Mimi dará una vueltecita mientras le limpiamos la jaula, y luego volverá.»

«Tonto,» le contesté lleno de ira; «no sabes que no volverá más, que está perdido para siempre y...» en mi arrebató dí un cachete á Ricardo que rodó de la silla al suelo, afortunadamente sin hacerse daño alguno. Al oír su llanto, nuestra madre vino y cogió á su pequeñito en brazos, el cual le contó sollozando que, habiendo querido acariciar el pájaro, éste se habia ido y que Juanito estaba muy enfadado.

Noté que mi madre besaba la mejilla de Ricardo encendida por el golpe que le habia dado, diciéndole sin mirarme á mí: «Has enfadado á tu hermano, debes decirle que sientes mucho lo que has hecho y pedirle perdon.»

«¡Oh! sí, sí, lo siento mucho,» y me tendió cariñosamente su carita para recibir el beso de paz.

Pero la cólera y el orgullo me cegaban, y rechacé brutalmente á mi hermanito con las duras palabras: «tú beso no hará volver á mi canario.»

Lleno de tristeza fué á esconder su rubia cabecita en el seno de mi madre, suspirando: «Mamá... no quiere... perdonarme... ¿qué debo hacer?»

Mi conducta me avergonzaba, hubiera querido cogerle en mis brazos: iba

á hacerlo, pero nuestra madre tomándole de la mano se lo llevó. Al cabo de algunos minutos volvió sola; no me atreví á mirarla, porque sentia que la habia afligido mucho.

«Juan,» me dijo: «¿cuándo te corregirás de tu carácter violento que te hace ser duro con tu querido hermanito!...» su voz temblaba de emocion. «¿No ves que tu conducta ha sido mucho peor que la suya? Su falta nace de ignorancia y te ha pedido perdon; mientras tú te has conducido como un niño malo y orgulloso que desobedece á Dios y á su madre, pegando á un pequeñito.

(Se concluirá.)

LA CIEGA CECILIA.

Cuando en el año 1838 fué decretada en Jamáica la abolición de la esclavitud, regaló la sociedad bíblica inglesa á todo negro libre que sabia leer un Nuevo Testamento y un salterio. Como este regalo fué anunciado de antemano, una multitud de ellos se aplicaron á aprender á leer. En medio de la alegría producida por la llegada y reparto de los sagrados libros entre los libertos, se hallaba una jóven muchacha, triste y pensativa. Para ella no habia ningun libro, porque no sabia leer; la pobre muchacha era ciega.

Mas poco despues llegaron de Europa Biblias de otra clase, destinadas á los ciegos: las letras eran de relieve, y sobresalian del papel de tal modo,

que en lugar de leerlas con los ojos, se podían tocar con los dedos.



Cecilia recibió una de estas, y llena de júbilo se puso á aprender á leerla con tanto afán y constancia, que en ménos de un año sabía leer perfectamente.

Desde entonces creció en piedad y conocimiento cristianos; pero al par sintió el ardiente deseo de hacer partícipes de su dicha á otros que no conocían aún el santo evangelio.

Con este objeto se sentaba todas las tardes, cuando los labradores volvían del campo, á la sombra de un árbol con el Testamento sobre sus rodillas, leyendo en alta voz á los numerosos concurrentes. Esto era para los negros un verdadero milagro, que una

ciega pudiera leer con los dedos lo que ellos no podían con los ojos.

Animada por este resultado, hizo Cecilia aún más para utilizar entre sus paisanos la admiración que su nuevo arte inspiraba. Abrió una escuela para los niños negros, donde los instruía en la lectura, catecismo, canto, etc.

Milagro parece. ¡Una ciega enseñar á leer á niños que tienen vista! Sin embargo, es realidad. En cada hoja, por ejemplo, de una cartilla están apuntadas en relieve por el lado opuesto las mismas letras que por el otro están impresas.

Mientras que el discípulo está deletreando en un lado, Cecilia, tocando por el lado opuesto las letras en relieve, sabe si lee éste bien; enseña y corrige cuanto es preciso.

Aunque este método no sea muy cómodo, sirve, sin embargo; y muchos niños en Jamaica han aprendido á leer instruidos solo por la pobre ciega.

Con esta ocupación desempeña Cecilia un señalado servicio, y su corazón rebosa de gratitud hacia Dios, que no solo le ha dado á conocer su palabra á ella misma, sino que concede á la pobre ciega el privilegio de enseñarla á otros.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales. Se suscribe en la Administración, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñón 7.